

FILMS

DE AMOR

Dos amigos y una mujer



Núm.
138

25
CTS.

MONTE BLUE - EDNA MURPHY

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:
Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707

B A R C E L O N A

AÑO V

NÚM. 138

THE GREY HOUND LIMITED 1929

Dos Amigos y una Mujer

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por los simpáticos artistas del cine

MONTE BLUE y **EDNA MURPHY**

Adaptación por M. NIETO GALÁN

.....
Exclusivas "D I A N A"

Rosellón, 210

Barcelona
.....

REPARTO

Monte Johnson

MONTE BLUE

Edna

EDNA MURPHY

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



PRIMERA PARTE

La voz del factor llamando a los viajeros que esperaban el momento de la salida del expreso, originó un gran barullo en la sala de espera, y todas las personas que la ocupaban se precipitaron al andén, con ese temor que suele siempre ocurrir, en el momento de salida, de perder el tren. Es el instante en que parece que todo el mundo tiene prisa. Unos porque van en busca de los seres queridos, otros porque en aquel viaje tienen puestas sus ilusiones y hasta los que viajan por gusto, sienten también el aguijoneo de emprender la marcha. En los rostros de los viajeros de un tren, un buen psicólogo podría leer claramente el estado de alma de cada uno, pero como nosotros no queremos meternos en cuestiones psicológicas, vamos a situarnos en el andén para ver lo que ocurre en él y señalar a los héroes de nuestra historia.

La monumental locomotora arrojaba, en fuertes resoplidos, el vapor que guardaba en su seno, mientras que dentro de ella, indife-

ente a todo el revuelo que había causado la voz de "señores viajeros", el maquinista, un hombre joven, cuya sonrisa perenne le daba aún mayor simpatía, esperaba pacientemente la hora de la salida.

Era éste Monte Johnson, uno de los maquinistas más jóvenes del Central-Pacífico, y que a pesar de su corta edad, era, sin embargo, el piloto del más célebre expreso de la Compañía. Su honradez, su amor al trabajo y la fidelidad en el cumplimiento de sus deberes, le habían granjeado el cariño y la estimación de sus superiores y le hicieron ir ascendiendo rápidamente, hasta ocupar el puesto que en la actualidad desempeñaba. Huérfano de toda familia, había cifrado su cariño en su íntimo amigo Bill Williams, un muchacho casi de su misma edad, pero bastante loco. Trabajaba a sus órdenes como fogonero y lo hacía admirablemente, siempre que sus ojos no tropezasen con alguien del sexo contrario. Su debilidad eran las mujeres, y por cualquiera de las muchas a quien decía había amado, hubiera cometido las más extraordinarias locuras.

En aquel momento, por no perder la costumbre de tener una novia en cada estación, se estaba despidiendo de una de ellas, y Monte, al ver que el beso duraba más de lo corriente, le gritó desde la máquina:

—¡Vamos, hombre, a ver si te duermes y no puede salir el tren!

El aludido, sin hacer caso de lo que le decía el maquinista, siguió abrazado a su novia, hasta que Monte dejó escapar el vapor por uno de los tubos de la locomotora y un resoplido asustó a la joven, que se aferró aún más al abrazo en que la tenía sujeta. En vez de enfadarse, Bill se volvió hacia su amigo y le dijo sonriendo:

—Gracias, Monte. Me has hecho un gran favor.

Sonó la campana de la estación dando la segunda señal de salida, y Bill se despidió de su novia diciéndole:

—¡Adiós, monada, ya nos veremos a la vuelta!

—Bueno—contestó ella—, pero si te contesta mi marido cuando telefonéas, dí que has equivocado el número...

El tren ya había empezado a andar cuando Bill se separó de la muchacha y subió a la máquina, por lo cual le dijo Monte:

—Ten cuidado, Bill. Si te pesca el inspector, vas a ir a la calle.

—¡Cualquiera diría que tienes celos!—contestó bromeando Bill—. ¡Como sabes que las hago claudicar en cuanto las miro!...

—¡Adiós, Barrymore! — exclamó Monte, riéndose de la jactancia de su amigo, que volvió a decirle:

—Puedes burlarte todo lo que quieras, pero has de saber que esa mujercita está por toda mi personita... Además, ¿por qué siempre esa manía de estar sermoneándome?

—Porque no quiero que te quedes sin empleo. Ya sabes que te quiero de veras y no me gusta verte siempre detrás de las mujeres.

—¡Claro!—respondió Bill—. Como tú, en tus ratos de ocio, te dedicas a cantar salmos y a hacer calceta para las hermanitas de los pobres...

—No, Bill—le atajó el maquinista—. no soy ningún santo, y también sé echar mi cana al aire cuando se tercia; pero en el trabajo me gusta cumplir con mi obligación y no pensar en otras cosas...

—Es que tú no tienes este don mío—respondió, pavoneándose, Bill—. Yo no sé lo que las doy, que las inutilizo en cuanto las miro.

—Lo que has de tener cuidado—insistió Monte—, es que algún día no te pesque alguno y te inutilice a ti para siempre de un estacazo.

—¡Ya lo veremos!— exclamó Bill, encogiéndose de hombros y dando por terminada aquella discusión.

El tren continuó su marcha hacia la estación de destino y término, a la vez, donde los dos amigos podrían disfrutar de varios días de descanso, hasta su nuevo regreso.

Mientras se lavaban los dos amigos, Bill le dijo de pronto a Monte:

—¿Quieres que vayamos a cenar al restaurante de la estación?

—Mucho mejor será que nos vayamos directamente a tu casa—respondió el maquinista—. ¿Por qué tienes ese interés en ir siempre al restaurante?

—Porque esa camarera rubia me tiene en calabrinado—respondió entusiasmado Bill—. ¡Es mi ideal, chico!

—¡Bah!—exclamó su amigo—. Tu ideal son las rubias, las morenas... y las trigueñas. No sabes hacer diferencia.

—Pero no podrás negarme—siguió diciendo el enamorado muchacho—, que esa rubia es capaz de que un hombre se enamore de ella, como yo lo estoy.

—Lo único que te digo—le respondió Monte seriamente—, es que se necesita ser un idiota para enamorarse de una chica como esa.

—Bueno, así y todo—insistió Bill al encontrarse en la puerta del restaurante—. Entremos, aunque sea sólo un momento.

Ante la insistencia de Bill, Monte accedió a su deseo, y momentos después se hallaban sentados en el restaurante, esperando que la linda muchacha los sirviera.

SEGUNDA PARTE

Edna, el rubio tormento de Bill, era una de esas mujercitas capaces de coquetear hasta con un autobús... si los autobuses llevaran pantalones. Al ver entrar a los dos amigos, sonrió deliciosamente a Monte, que apenas le hizo caso, y Bill, creyendo que aquella sonrisa iba dirigida a él, le dijo, en tono zalamero:

—Ya sabes, Edna, que no tienes más que decirme que sí, y salgo inmediatamente en busca del cura...

Ella, sin preocuparse de él, se acercó al maquinista y le dijo:

—¡Hola, muchachos, hacía muchos días que no veníais por aquí!

Bill, que se la comía materialmente con los ojos, le dió con el brazo a su amigo y señalándole a la joven, le dijo:

—Aquí la tienes, Monte... Más guapa que nunca y sin enterarse de que me tiene más loca que una espuerta de gatos...

—¡Miau!—respondió riendo la joven—. No diría lo mismo Monte, ¿verdad?

—Yo, lo único que digo es que he venido a cenar y que tarda demasiado la comida.

—Voy en seguida, "inconsciente"—excla-

mó la muchacha, alejándose hacia la cocina.

Al poco rato volvió de nuevo y colocó los platos ante los dos amibos, a la vez que decía:

—Monte, como no sabía si querías panecillos o tostadas, te he traído las dos cosas. ¿Y tú, qué quieres?—le preguntó a Bill.

Este se recostó sobre el mostrador, para estar más cerca de ella, y le dijo:

—Yo, una rubia muy guapa... muy guapa... con una cintita de seda en el pelo, que se llama Edna.

—Pues, ten cuidado—respondió ella—porque esta cinta es demasiado suave para ti.

Monte no pudo menos que lanzar una carcajada al oír la conversación de la muchacha, y ésta, aprovechando el momento de buen humor del maquinista, le dijo:

—Monte, el sábado que viene es el baile de los maquinistas y no tengo con quién ir... ¿Y tú?

—Yo, ni tengo con quién ir, ni pienso ir tampoco—respondió Monte.

—Está bien, hombre—exclamó Edna algo amoscada por la respuesta del maquinista—. Y perdona la pregunta.

Entonces fué Bill el que intervino, diciéndole:

—Oye, preciosidad. Yo tengo un par de billetes para ese baile... y si quieres podemos aprovecharlos..

—Vuelve esta noche y te daré la contestación—exclamó Edna, dándole a entender que accedería a su petición.

Monte, que deseaba salir de allí cuanto antes para dirigirse a la casa de Bill, donde la madre de éste los esperaría ya algo intranquila, se llevó a su amigo, y minutos después la buena mujer tenía la satisfacción de ir a abrazar a su hijo y a su compañero, a quien quería también como si fuese madre suya.

—Le estoy agradecidísima, Monte—le dijo la madre de Bill—. Gracias a su amistad, mi hijo va sentando algo la cabeza.

—No crea que soy un santo, señora—respondió modestamente Monte—. También hago mis juergas de cuando en cuando... Además, Bill es un buen chico... Un poco chiquillo todavía, pero eso se cura con los años.

Y, riéndose los dos del carácter de Bill y comentando su buen corazón, permanecieron algunos momentos, mientras que Bill se metía en su cuarto diciendo que iba a acostarse.

No obstante, la cita que para aquella noche le había dado Edna, pudo más en Bill que los consejos de su amigo, y cuando todos dormían en la casa, se cambió de ropa y salió en su busca.

A la mañana siguiente, cuando entró Monte en la habitación de su amigo, le encontró durmiendo a pierna suelta, y le llamó, diciéndole:

—¡Eh, amigo, para la máquina, que ya hemos llegado!

El otro se revolvió en la cama, y cuando Monte consiguió despertarlo del todo, le volvió a decir:

—Levántate, que tenemos que ir al Banco a depositar nuestros ahorros del mes.

—¿Ahorros?—exclamó riendo Bill—. A mí no me quedan más que dos dólares de la paga que cobré ayer.

—¿Y en qué diablos has echado todo el dinero?—preguntó extrañado Monte, creyendo que no había salido por la noche.

—En estampitas de santos—respondió burlonamente Bill.

—Es decir— contestó indignado Monte— que ahora te tendré que mantener todo el mes?

—Puedes hacer lo que mejor te parezca, pero no me queda más dinero que el que te he dicho.

Monte no quiso seguir discutiendo y salió de la habitación, sintiendo que su amigo habría salido aquella noche para ir a ver a Edna. En la puerta de la casa, estaba todavía el Ford, propiedad de los dos amigos, y al entrar en él, vió en el suelo una fotografía instantánea, en la que aparecía Edna y Bill. En seguida comprendió lo que significaba aquello. Los dos jóvenes se habían ido al parque de atracciones y Edna, con su eterna coque-

tería, le había hecho gastarse toda la paga en una sola noche. Más indignado todavía contra su amigo, subió de nuevo a la casa, para recriminarle su acción, mas se detuvo en la puerta del comedor, al oír que Bill le decía a su madre:

—Pero, mamá... ésta es diferente... Estoy enamorado de ella de veras y me quiero casar...

—¡Calla, hijo mío!—exclamó asustada la buena mujer—. A ti te dan esos arrechuchos como a los chiquillos les da el sarampión.

—No lo tomes a broma, mamá—exclamó Bill—. Hablo en serio y te digo que estoy enamorado y decidido a casarme.

La buena señora adivinó en las palabras de su hijo la firme intención que tenía de llevar a efecto su pensamiento y salió para decirle a Monte:

—Estoy apenadísima; mi hijo quiere casarse con una mujer que lo hará desgraciado para toda la vida.

—No se apure usted, señora—le respondió Monte tranquilizándola—. Yo le prometo hacerle desistir de esa tontería.

—Solamente confío en usted, Monte—terminó diciéndole la madre de Bill—. Hable usted con él y trate de convencerlo.

Inmediatamente fué Monte a abordar el asunto, y Bill, que lo vió en la disposición que entraba, le dijo burlonamente:

—Vamos, adelante... Estoy dispuesto a oír el sermón, fray Monte.

—No voy a echarte ningún sermón—respondió seriamente Monte—, sino a decirte una verdad como un templo... ¡Que lo mismo necesitas casarte tú, como comprarme yo una locomotora para distraerme!

Bill se le quedó mirando y, sin dejar de sonreír, exclamó:

—¡Qué lástima que no te hayas dedicado a la política, Monte! ¡Tienes unas dotes oratorias como para convencer a cualquier hombre que no sea yo!

—¿Ils decir, que estás decidido a casarte con Edna?

—Completamente decidido.

—Y, dime, ¿con qué sueldo piensas mantener tu casa? ¿Con la miseria que ganas?

Bill, molesto ya por el sermón de su amigo, se levantó, exclamando:

—¡Por favor, Monte! ¡Es demasiado temprano para contestar a tantas preguntas!

—Piensa bien lo que te digo—siguió diciéndole el maquinista—. Esa rubia es una saca-cuartos y vas a hacer el ridículo. Pero, en fin, tú eres ya mayorcito y sabrás lo que te haces... ¡Por mí, como si quieres tirarte de cabeza a un pozo!

Y, en vista de que no había podido convencer a su amigo, y más que nada emocionado por la pena de su madre, Monte deci-

dió recurrir a todos los extremos con el fin de deshacer aquella boda, que llevaría a la ruina a Bill.

TERCERA PARTE

Poco antes de abrir la cantina, Monte se situó con el auto a la puerta de la casa de Edna, y ésta, al verlo, corrió a él, diciéndole:

—¿Quién me iba a decir que te iba a encontrar tan temprano?

—Si vas a la cantina, te llevo en el coche—le respondió seriamente Monte.

Ella, sin fijarse en el aspecto del maquinista, aceptó encantada la proposición de él, que le permitía permanecer a su lado unos minutos, y subió inmediatamente al coche. Pero al poco rato, al notar la seriedad con que le hablaba, no pudo menos que exclamarse, diciendo:

—¿A qué viene esa cara tan seria, Monte? ¿Acaso estás enfadado conmigo?

—Cualquiera diría que eres adivina, muchacha—respondió él—. Has leído en mi pensamiento como en un libro.

—Y ¿se puede saber cuál es el motivo?

—Muy sencillo—respondió Monte, aborreciendo decidido la cuestión—. ¿Me quieres

decir a qué viene eso de hacerle gastar a Bill todo su sueldo en una sola noche?

—¡Pero si fui de lo más modestita que hay!— exclamó extrañada Edna—. Con lo espléndido que estaba, debí de haberle pedido que me regalara estecoche...

—Bueno—la atajó Monte—. Lo que debes hacer es dejarle en paz, si no quieres que yo tome cartas en el asunto. A ti no te importa un comino él, ni tú tampoco le importas.

—Pues bastante que le importaba anoche. Hasta me pidió que me casara con él en seguida.

—No le hagas caso—respondió Monte en tono despectivo, que hirió el amor propio de la muchacha—. ¡Eso mismo se lo ha dicho a millares de mujeres!

—Pues, para que te convenzas de que no es así, ahora es cuando voy a casarme con él, aunque no sea más que para demostrarte que no debes meterte en lo que no te importa.

Y sin esperar la respuesta de Monte, saltó del coche y se dirigió a la cantina, mientras que varios chiquillos, que habían visto la forma en que había dejado la muchacha a su acompañante, se reían de éste.

Llegó la tarde del día en que se celebraba el baile de los ferroviarios y la madre de Bill le preguntó a Monte:



—Bueno, terminó diciendo la joven.

—¿Hizo usted algo acerca de Bill y de esa chica?

—Ya le he dicho que no se preocupe, señora—respondió Monte, pretendiendo tranquilizarla—. Tengo un plan para dejarlo solucionado definitivamente esta noche.

Y mientras Bill se acicalaba para dirigirse en busca de Edna, Monte le tomó la delantera y se presentó en casa de ésta, diciéndole:

—¿Me perdonarías en la forma en que te traté el otro día, yendo conmigo al baile?

—No puede ser— respondió pesarosa la muchacha—. Estoy comprometida con Bill.

—No seas rencorosa y déjate de tonterías. Ven al baile conmigo. De todas formas, a ti no te importa gran cosa Bill...

—Bueno—terminó diciendo la joven—. Espérame cinco minutos a que me vista y en seguida nos marchamos antes de que venga Bill.

En efecto, antes de los cinco minutos, cosa rara en una mujer, apareció vestida Edna y, del brazo de Monte, se dirigió al baile de los ferroviarios.

Media hora después se presentó en casa de Edna, Bill, con un hermoso ramo de flores, y llamó a la puerta de su amada. En vez de salir ésta a recibirle, se apareció su hermanita, que le dijo:

—Edna no está en casa salió hace un momento con otro pollo. Me parece que te ha dado mico.

Bill no quiso oír más. Le dejó el ramo de flores y salió decidido a averiguar quién era el atrevido que de aquella forma le quitaba su novia.

Entre tanto, Monte y Edna bailaban animadamente en el baile, y ésta le decía, disculpándose del plantón del día que lo dejó en el coche:

—Monte, demasiado sabes que desde hace



— Monte, demasiado sabes...

tiempo estoy colada por... y tú, haciéndote el sueco...

El sonrió como dándole a entender que le satisfacía aquella declaración, y le contestó:

—La verdad es que siempre te había tenido en mal concepto, Edna... Pero, comprendo que andaba equivocado y que eres una mujercita deliciosa.

A ella ya le molestaban tantos testigos como había en la sala, y procuró apartarse de las demás parejas, hasta llevarse a Monte al jardín y quedar a solas con él, para decirle:

—No sabes lo que me alegro que hayas cambiado de parecer para conmigo.

—Llevas razón, Edna —exclamó Monte, atrayendo a la muchacha hacia él—. Debía estar avergonzado de mí mismo... y ¡ojalá que no estuvieras comprometida con un camarada mío!

—No te importe, Monte—respondió la joven—, Ya sabes que Bill no significa nada para mí. Todo lo he hecho para interesarte a ti únicamente.

Y para que se convenciera de ello, se abrazó a él e intentó besarle.

Goce usted del humor regional!

Cuenticos baturros

Cuentos valencianos

Cuentos andaluces

25 céntimos el libro

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos para el certificado.

CUARTA PARTE

Bill había llegado al baile y buscaba a los dos jóvenes por todas partes. Ya estaba casi seguro de que le había engañado su pensamiento, cuando entró en el jardín y pudo oír las últimas frases de Edna, las cuales le hicieron exclamar, dirigiéndose al maquinista:

—¿De modo que me has birlado la novia? ¡Falso, más que falso! ¡Por eso no querías que me casase con ella!

—Oyeme, por favor, Bill—empezó diciéndole Monte, queriéndole dar a comprender que todo lo había hecho para librarle de las garras de aquella coqueta—. Me he equivocado. Creí que te hacía un gran favor. Quería demostrarte que Edna se iba con el primero que la invitase.

Aquella acusación a la mujer que amaba, indignó aún más a Bill, que amenazó a Monte, diciéndole:

—¡Mientes con toda la boca—y dirigiéndose a ella, siguió diciendo—: ¡Y en cuanto a ti... tonteando conmigo, para ponerme luego en ridículo... no sé cómo no te ahogo!

Hizo ademán de abalanzarse sobre la muchacha, y Monte, para evitar que hiciese al-

guna tontería, lo arrojó de un empujón contra un diván, donde quedó Bill, medio desvanecido.

Edna, que se había visto acusada de aquella forma, cuando vió que Bill recobraba el conocimiento y se marchaba del baile, se encará con Monte y le dijo:

—Tú y yo hemos acabado para siempre...

—¡Pues sí que soy un tío arreglando cuestiones!—exclamó Monte—. Ahora que empezabas a interesarme de veras, también me das la patada.

Pero como el amor es siempre más fuerte que nada, y Edna estaba enamorada de Monte, al oír decir que le interesaba, cambió repentinamente su actitud y exclamó:

—Yo creo, Monte, que lo mejor que podemos hacer es ir a buscarlo y explicarle el caso, antes de que cometa cualquier tontería de las suyas.

Pero, a pesar de que lo buscaron por todos los sitios adonde podía haberse encaminado, sus gestiones resultaron inútiles, y finalmente se separaron, comprometiéndose los dos en vigilar a Bill.

Pasó un mes desde la noche del baile, y Bill huyó de la compañía de Monte, adquiriendo la de otros individuos, cuya conducta dejaba mucho que desear.

Era inútil que Monte y Edna procurasen a



...Bill quedó medio desvanecido.

toda costa atraerlo de nuevo, incluso la joven recurrió a todas sus seducciones, hasta el punto de que Bill le dijo una vez:

—Es inútil, Edna, que pretendas ahora nada de mí. Lo nuestro murió por completo y ni siquiera me acuerdo del santo de tu nombre.

—¿Es decir que ya no me amas?—le preguntó ella.

—Ni ahora ni antes te he amado—exclamó él—. Me he convencido de que todo fué un

capricho mío, del que mi amor propio salió muy mal parado.

Después de esta conversación, no pudo Edna volverlo a ver más y Bill parecía que huía de cualquier encuentro con los dos jóvenes.

Una tarde lo encontró Monte por fin, y, viéndolo algo embriagado, le dijo cariñosamente:

—Oye, Bill, tu madre se está quemando los ojos de tanto llorar. Vete a tu casa y déjate de esas amistades.

—Apártate— le contestó Bill despectivamente—. ¡Adónde voy es a la taberna del alemán!

Y sin querer seguir hablando con Monte, se alejó de él, dirigiéndose a la taberna que había dicho. Cuando llegó a la puerta se encontró con sus nuevos amigos, que le dijeron:

—Entra a tomarte unas copas, muchacho.

Aceptó la invitación y media hora después se hallaba en un estado verdaderamente lamentable. Los demás amigos seguían dándole bebida y bebiendo ellos a su vez, hasta que el alemán se dirigió hacia ellos, diciéndoles:

—Ya no sirvo más vino si no me pagáis el que debéis.

Uno de ellos se levantó de la mesa y, amenazando al tabernero, le dijo:

—Tu obligación es seguir sirviéndonos.

—A mí no me asustas con tus bravatas — exclamó el alemán—. He dicho que me paguéis, si no queréis que os rompa la cabeza de un botellazo.

De las palabras llegaron a los hechos y uno de ellos asestó al alemán tan terrible palo, que el dueño del establecimiento cayó sin vida al suelo.

Al ver que lo habían matado, se dieron aprovechando el sueño de Bill, le colocaron el palo sobre la mesa y lo dejaron solo en la taberna.

Cuando él se despertó, se acercó adonde estaba el alemán, con el palo en la mano, y lo zarandeo para que se levantara. En este preciso momento entró Monte y, al ver cómo estaba el alemán, intentó también levantarlo. Se dió cuenta de que aquel hombre había dejado de existir, y exclamó, espantado:

—¡Lo has matado!

Y como todas las apariencias acusaban a Bill, el jurado dictó, algún tiempo después, veredicto de culpabilidad.

Al salir, acompañado de los guardias que lo conducían, Edna se acercó a él, llorando,

y Bill le estrechó la mano que le ofrecía, diciéndole:

—No te apenes, Edna... No te guardo rencor alguno...

La pobre anciana, madre de Bill, lloraba amargamente al ver a su hijo condenado, y Monte tuvo que luchar con ella, casi a viva fuerza, para poderla apartar de aquel lugar, diciéndole:

—Véngase conmigo. Luego, a la tarde, lo verá en la estación.

Biblioteca Iris

Núm. 1 — **CORAZONES ORGULLOSOS**

2 — **ASTUCIAS DE AMOR**

————— **96 PAGINAS**
Precio UNA pta. DE TEXTO SELECTO

————— **PEDIDOS A** —————

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco céntimos para el certificado.

QUINTA PARTE

La fatalidad, que a veces se entretiene en complicar las cosas, hizo que fuese Monte el que tuviera que conducir la máquina del tren en el que había de ser trasladado Bill al presidio.

Antes de emprender la marcha, Monte quiso despedirse de su amigo; pero éste rehusó la mano que le ofrecía, diciéndole:

—¡Vuélvete a la máquina y llévame adonde voy!

Sonó la voz del factor dando la señal de salida del tren, y Bill, abrazado a su madre, lloraba amargamente. El espectáculo era en extremo conmovedor. Ninguno de los dos querían separarse, hasta que la policía, a empujones, consiguió hacer subir al tren al presidiario, condenado a muerte.

Habían pasado varios días, cuando la prensa publicó la sensacional noticia de haberse confirmado la sentencia contra Bill, diciendo:

“Hoy, a la puesta del sol, será ejecutado el autor del asesinato de Cchwart.

”Esta tarde, a las 6’30 se cumplirá la sentencia que condenó a muerte al joven fogo-

nero del Central-Pacífico, Bill Williams, por la muerte del dueño de la taberna apodado "El Alemán".

La noticia se había extendido por todas partes, y mientras que la madre del condenado lloraba amargamente, implorando del Altísimo misericordia para su pobre hijo, Monte en una estación de tránsito, pensaba con gran pesar en la triste suerte que había tenido su amigo.

El tren había comenzado a andar cuando de pronto subieron a él tres hombres, huyendo de otros cuantos que los perseguían. Monte paró inmediatamente el convoy y los fugitivos quedaron en poder de sus perseguidores.

—¿De qué se trata?—preguntó Monte, reconociendo a los policías.

—De estos pájaros, que querían escaparse—respondió uno de ellos.

Entonces fué cuando se fijó Monte en los detenidos y, señalando a uno de ellos, exclamó, con gran seguridad:

—Este es el tipo que tropecé al entrar en la taberna del "Alemán" el día del asesinato. Estoy seguro de que no fué Bill el que lo mató y este hombre es el único que puede decirnos la verdad de lo que pasó allí dentro minutos antes de haber entrado yo. Tenemos una probabilidad de salvar a un inocente, si



...y después de maniatar a Edna...

hacemos que este hombre hable antes de que maten a Bill.

—De eso nos encargaremos nosotros—exclamó el policía, subiendo al tren; mientras que otro de los bandidos había conseguido escaparse.

—Les repito que no sé nada de eso—exclamó el detenido, a la vez que subía al tren.

—Eso ya lo veremos cuando te interroguemos ahí dentro—le dijo el policía, dándole un empujón para que entrase en el coche.

Entre tanto, en la cantina de la estación donde trabajaba Edna, sucedían cosas verdaderamente extraordinarias. Los compañeros de los que habían asesinado al "Alemán" habían entrado a robar y después de maniatar a Edna y a cuantos estaban en la cantina, se disponían a desvalijar los cajones, cuando entró el que se había fugado de la policía, diciéndoles:

—Dejad eso, muchachos. No hay tiempo que perder. La policía ha "trincaado" al "Rata" y le han reconocido como uno de los que salían de la taberna del "Alemán" aquel día. Lo traen en el exprés y es preciso destruir el tren, antes de que hable.

Edna oía todo lo que hablaban los bandidos y, sin temor a las represalias, salió corriendo a la puerta, tomó un auto que había ante ella y huyó, perseguida por los asesinos. Cuando llegó a la estación por la que había de pasar el exprés, le dijo al factor:

—No me pregunte nada y haga detener el exprés descendente. Unos bandidos van a destruirlo.

El empleado de la estación se puso al habla con la otra más inmediata y le contestó a la joven.

—Ya es imposible. El exprés ha salido y no hay manera de detenerlo hasta que llegue aquí.

Un último recurso quedaba todavía: salir



...los bandidos se habían adelantado.

en busca del expreso y hacerle señas para que parase, pero los bandidos se habían adelantado a ello y habían soidado varios vagones, para que, siguiendo la pendiente, chocasen contra el tren y produjeran la catástrofe. Edna veía desde lejos el peligro que corría su amado; pero, a pesar de la desenfrenada carrera que llevaba, comprendía también que le sería imposible llegar a tiempo de evitarla.

Solamente un milagro podría salvarlo, y el

milagro se realizó gracias a la pericia del maquinista, que consiguió parar el tren antes de que el choque fuese inevitable.

Poco después llegó Edna, que le dijo:

—Los bandidos que han soltado los vagones para que pereciérais todos, están allí.

Y señaló el lugar en que se habían ocultado, seguros de que nadie les habría visto.

Con la rapidez que requería el caso, fueron los policías, acompañados de Monte y de la muchacha, hasta donde estaban ellos y, cogidos de una forma tan imprevista, no pudieron hacer la menor resistencia.

—¿Conque pretendíais matarme?—exclamó “El Rata”. Pues, ahora confesaré la verdad de que no fué Bill quien mató al “Alemán”, sino éste—y señaló a uno de sus compañeros.

Monte, ya había armado su teléfono portátil y llamaba a la dirección donde iban a ajustar a Bill, y le dijo:

—Detenga usted la ejecución de Bill William. Es inocente. El verdadero culpable está ya en poder de la policía.

Mientras conducían a los bandidos a la capital, Edna al lado de Monte, le decía:

—Me parece que ya he reparado mi falta, Monte. Ahora es cuando espero ser feliz.

—¿Y qué necesitas para ello, Edna? — le preguntó Monte.

—El amor de un hombre que nunca me ha

querido—repuso la muchacha, bajando la cabeza.

No tuvo necesidad de pronunciar el nombre del hombre amado, demasiado sabía Monte de quién se trataba y, estrechándola entre sus brazos, le dijo:

—Pero ahora, Edna, te ama más que a nada en la vida.

Y al mismo tiempo que un inocente volvía a recobrar la libertad perdida y con ella la vida, dos corazones que habían conseguido comprenderse, se unían para siempre en un estrecho abrazo.

FIN

SEÑORITA !!



Esta será su lectura predilecta

SON LOS PRIMEROS TÍTULOS

CORAZONES ORGULLOSOS

Novela sentimental y amorosa,
llena de sublime sacrificio.

ASTUCIAS DE AMOR

Novela de asunto simpático y de-
mostración de lo que puede el
ingenio femenino.

UNA peseta tomo *96 páginas*
 de texto selecto

Pedidos a

BIBLIOTECA FILMS.-Apartado 707- BARCELONA

Si no los encuentra en su localidad, pídales hoy mismo,
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado.

PUBLICACIONES DIVERSAS

30 céntimos ejemplar

Pasado, presente y porvenir
por las rayas de la mano
Lo que dicen las pantorrillas
La vuelta alrededor del mundo
del "Conde Zeppelin"

Como debe escribirse al ser adorado
Los de Gutierrez en la Exposición
El Perfecto Galante
Tenéis el cabello castaño?
Es usted rubia? Es usted rubio?

25 céntimos ejemplar

Verdadera interpretación de
los sueños

Chistes buenos

Chistes malos

Chistes y colmos

Cuenticos baturros

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis